

Enrique Lihn

o la lucidez apasionada

VIRGINIA VIDAL

Enrique Lihn se dedicó a destruir mitos y esto es un aspecto clave de su escritura, incidente en un formidable proceso renovador que abarca no sólo su poesía y su prosa, sino todo su hacer intelectual. Desde "La pieza oscura", pasando por los relatos de "Agua de arroz" hasta su obra más reciente, Lihn ha nutrido la literatura nacional con arte mayor, caracterizado por honestidad, lucidez y pasión.

Su enfermedad y partida producen sorpresa y desconuelo sublevantes a los amigos de este intelectual antagónico a la muerte. Orgulloso y solitario caballero, ajeno a la mezquindad y a la intriga, el mal no lo doblegó sino que le dio impulso para crear y crear, afanoso de traspasar al papel su infinito mundo interior, ese cúmulo de ideas que fluían de sus relaciones con los demás y del compromiso con su tiempo.

No hacía tanto que el doctor Gonzalo Donoso, en casa de Francisco Coloane, nos había hablado con preo-

cupación y entrañable afecto de Enrique. La conversación salió porque Pancho le elogió una chomba, entonces Donoso contó que era de nuestro querido y admirado Lihn.

Un día de estos fui a verlo. Irradiaba una juventud que lo hacía verse de menos edad. Nada en su apariencia reflejaba la invasión del mal, salvo el cansancio. Un cansancio que le daba una especie de rabia varonil. Constaté con extrañeza:

—No sé por qué me canso mucho.

Tomaba aliento y proseguía conversando. Su cabeza, que siempre asocié con una silueta de Pushkin, los rulos dispersos, la piel tersa de una cara que reflejó siempre sus estados de ánimo, ira, disgusto, alegría, curiosidad y ternura, ahora se agitaba menos.

Estábamos con el poeta Guillermo Trejo y proseguimos un antiguo diálogo que excluyó por completo a la sucia acechante. Le pedí que extendiera las manos y le hice una broma:

—¿Tienes mucha, mucha

fuerza, que te voy a dar algo muy pesado?

Confiado me siguió el juego y depositó en una de sus palmas un libro en miniatura, edición alemana del Fausto, de Goethe.

Una de sus características es su poca efusividad. En él no cabe la alharaca. Sonrió con gusto.

—¿Sabes alemán?

—No.

—Vas a tener que aprender.

—Y leerlo con lupa.

Su departamento se caracteriza por una austeridad casi monacal donde se impone su sello; me llamaron la atención algunos cuadros.

—Estoy preparando una exposición erótica—, comentó.

Se refirió al profesor francés que vendría a dar una charla sobre el tema. Hablamos de Georges Bataille.

Trejo tomó los exámenes médicos que estaban sobre una mesa.

—Míralos, no más. Yo prefiero no verlos, porque no entiendo la terminología médica y acaso más me vale no entenderla.

Siguió conversando. Le conté que acababa de releer un poema suyo aparecido en la revista de Casa de las Américas: "Varadero de Rubén Darío". En este poema encierra "debilidades" del poeta y afirma:

"No se trata de juzgarlo a usted por| ello. Me declaro enemigo de la Inquisición| o la manía de juzgar duramente a las| personas inofensivas| Pero si se trata de poesía| no acepto por razones difíciles y aburridas de explicar| que hagamos un mito de Darío menos en una época| que necesita urgentemente echar por| tierra el 100 por ciento de sus mitos".

Esta es una verdadera crónica poética donde recuerda el diálogo sostenido con Roque Dalton (una carajada la muerte de Roque, pero ¿qué son la muerte y sus hacedores?), Thiago de Melo, Barnet, en Varadero. Isidora Aguirre fue quien le trajo el último regalo, una muñeca, y el mensaje de Roque, encantador y glorioso encargo de amor...

Enrique dijo que echar por

tierra los mitos estaba bien, pero que había sido demasiado severo con Darío y con otros.

—Reconozco que muchas veces me he dejado llevar por una severidad implacable en mis juicios críticos. Darío, con todo, es el primer gran poeta de América.

Comentó enseguida otras severidades suyas, como la cometida en relación con Octavio Paz, a quien admira como formidable ensayista, aunque tiene reparos para su poesía. Sin embargo, después de haber escrito esa dura crítica, le mandó una carta a Paz para solicitarle ayuda en consecución de visas a algún o algunos poetas chilenos, diciéndole: yo sé que no soy santo de su devoción y tiene razones para ello, pero... Paz le respondió enseguida, obtuvo las visas, aun invitó a México al propio Lihn.

Oírlo hablar de todo esto, nos conmovió, por su nobleza y altura, por su sentido autocrítico, por el reconocimiento de los valores de sus colegas.

Le hablé de su poema al Ché Guevara, el más bello homenaje escrito por poeta latinoamericano, y dijo que su frondosa obra aparecida en "Casa" —poesía y crítica literaria—, fruto de su trabajo en Cuba, aún no estaba recogida en libro.

Cuando le pregunté si renegaba o se arrepentía de algo por él escrito, sonrió con su característica sonrisa tan sabia como jovial e irónica:

—Asumo todo. Todo lo escrito y hecho es parte de mi vida y tiene que ver con ese proceso de vivir.

A su vez, me preguntó si ya había llegado mi novela, donde cito uno de los poemas suyos, de la que le prometí un ejemplar, y apesadumada respondió que aún no, pero que se lo daría en cuanto llegara (amigos venezolanos me lo trajeron ayer domingo 10, Enrique, y anoche me estaba apurando para irte a ver...). De ese libro habíamos estado hablando en nuestro reencuentro después de unos años cuando la inauguración del Congreso



Kena Lorenzini.

de Escritoras, pues fue él quien me impulsó siempre a escribir. No olvido los años juveniles —dueña de casa dedicada a criar los hijos—, hablamos de Kafka y cuando supo que aún no había leído las "Cartas a Milena", no me prometió nada, pero a la visita siguiente llegó con el libro... En 1974, nos encontramos y charlamos mucho. Volvió a decirme:

—Ahora más que nunca hay que escribir. Es nuestro deber. Ningún pretexto debe impedirlo.

En esa ocasión le expresé mi vergüenza porque aún no se había publicado la entrevista que le hice en Caracas con motivo del Congreso del PEN Club. Allá pasé rabias con algún sectario de esos que lo sacaban de quicio. Le pedí la entrevista advirtiéndole que no traiciono a mis entrevistados y que mi interés era mostrar el pensamiento suyo y no el mío. Dudó de que se publicara, pero me habló con pasión del Chile de los holocaustos que él no

compartía, luego hizo un vasto panorama de la poesía joven, realzando los valores y la originalidad de cada uno: Raúl Zurita, Paulo Jolly, Armando Rubio, Mauricio Electorat, Redolés y otros poetas que surgían con vigorosa voz.

Recordé sus dibujos en la revista de la Facultad de Bellas Artes que dirigía Luis Oyarzún. Nos dijo que nunca había dejado de dibujar. También se refirió a otra de las artes que amaba: el teatro. Enseguida habló de su primera incursión, con Jodorovsky. De lo hecho posteriormente, de su personaje Pompier. A la música no se había dedicado, pero él y Guillermo dialogaron sobre la música de las palabras, la música de la poesía. Enrique advirtió, sí, de su repudio a la palabra vacía, a la cháchara que sirvió de base a "El arte de la palabra", novela aún no valorada, pero que debería ocupar un sitio junto a "Yo el supremo" y a "El otoño del patriarca". "El

arte de la palabra" es el modelo delirante de la palabra vacía para encubrir represión y censura.

Nos regaló "La Aparición de la Virgen" (publicado a fines del año pasado, con ilustraciones suyas), del cual cada uno, como Chiu-Chiu, Saldos del Paseo Ahumada, Que los muertos no entierren a sus muertos, Todo cambia, corresponde a su más profundo dolor e inquietud: la realidad que está viviendo el país. Expresó su deseo de que este poemario de los Cuadernos de Libre (E) Lección, se vendiera en la calle y sentimos que ese maldito cansancio le impedía salir a la calle, a mezclarse con la gente para ofrecerle esos poemas de fuego.

Uno de estos domingos salió publicada la página de Enrique Lafourcade dedicada a Enrique Lihn, y con Eliana, la esposa de Pancho Coloane, decidimos que todo cuanto nos provocaba escozor y anticuerpos, proveniente de Lafourcade, lo borrábamos de nuestros mapas, gracias a ese noble y bello gesto de amistad palpitante que pateaba a la muerte.

Pidió a sus amigos que le dieran tiempo para escribir y organizó las horas de recibirlos. El mismo les servía el té o invitaba a alguno a compartir su comida... Ahora todos están sobrecogidos por su maravillosa serenidad, por su coraje, porque les encargó no decir discursos, tan sólo leer su poesía. Su mensaje, su legado, son toda tu obra. Ya se había anticipado:

"Porque escribí no estuve en casa del verdugo| ni me dejé llevar por el amor a Dios| ni acepté que los hombres fueran dioses| ni me hice desear como escribiente| ni la pobreza me pareció atroz| ni el poder una cosa deseable| ni me lavé ni me ensucié las manos| ni fueron vírgenes mis mejores amigas| ni tuve como amigo a un fariseo| ni a pesar de la cólera| quise desbaratar a mi enemigo. Pero escribí y me muero por mi cuenta,| porque escribí porque escribí estoy vivo".